

para que sepas por tus remordimientos todo el mal que me has hecho.

—¡Ay! Dios mío, no soy libre, y colocada por el destino en la necesidad de optar entre él y tú, opto por él. Abrásame con tu cólera ¡oh moro! mas yo no puedo seguirte, no puedo quererte, no puedo aceptarte, porque me lo impiden, aquí en este mundo mi conciencia y en el otro mundo mi Dios.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo la verdad por difícil que sea el decirla hoy á mis labios, por enojoso que sea el escucharla hoy á tus oídos.

—¡La verdad! No puede ser, no será por mí Dios y por mi Profeta lo que dices.

—Pues mira cómo ha de ser, yo estoy resuelta con irrevocable resolución á resistirte.

—No, no lo creo. Tus ojos desmienten lo mismo que afirman tus labios. El aliento en que van tus palabras envueltas, penetrando con su voluptuoso perfume hasta mi cerebro, me dice que no te crea, y no te creo, Zoraya. He seguido anhelante como el guerrero la victoria, como el asceta la virtud, como el trovador la inspiración, como el girasol al astro del día, como el acero al imán, he seguido anhelante de mil modos varios, por mil tortuosos caminos sembrados de zarzas, tras combates del alma en que ya he consumido casi mi total existencia, este momento, y no puedo retroceder y no retrocederé, aunque lo manden con sus férreos decretos á que no resisten las fuerzas todas del Uni-

verso, aunque lo manden la fatalidad y el destino.

—¡Oh! moro, me das verdaderamente miedo y espanto. Dijole Zoraya, que mientras tales ideas de repulsión expresaba con su palabra, tenía la mirada fija en sus ojos y lo enloquecía con los aromas de su aliento.

—¿Cómo? ¿He llegado á este instante como el náufrago al peñasco esponjoso que le sirve de refugio y asilo contra los huracanes y los oleajes; he subido á esta grande altura de la vida como el marabut que llega tras largas penitencias al ingreso en el Paraíso; tengo tu cuerpo todo entero ante mí, tu mirada recogida en los ojos, tu aliento derramado ya por mis venas, tu palabra encantada en los oídos absortos; y ahora que debo merecerte y que voy á lograrlo, ahora te niegas cruel á mi deseo. ¡Oh! Abrasaré la tierra y en las llamas de mi furor quedará consumida toda la humanidad en holocausto á tus desdenes, traidora, cruel, ingrata.

Los ojos de Hacem relampagueaban á tales palabras con tanto furor; el rostro expresaba en la siniestra sonrisa de los labios, en el temblor nervioso de la barba, en el arqueado y fruncimiento de las cejas tal rabia; rechinaban sus quijadas como el golpear de las quijadas del león y del tigre produciendo tan extraño martilleo con el rechinamiento de sus dientes, que Zoraya, fuera de sí por natural espanto, retrocedió buscando alguna salida fácil en aquel desesperante infierno. Pero Hacem, la cogió por las manos con violencia y la trajo hacia sí para

obligarla y constreñirla con esfuerzo á que viese con toda certeza en su rostro y en su persona, la realidad horrible de su intensísimo dolor.

— Si quieres, Zoraya, que muramos, dilo y moriremos. Nada me costará despedazarte y despedazarme. Nosotros somos como las aves carniceras que gustan del destrozo de la carne rasgada en tiras, de los huesos rotos y machacados, de la sangre hirviente, porque nosotros los guerreros árabes provenimos del desierto donde se crían las serpientes, los tigres, las panteras, los leones, y gustamos de la matauza y nos envolvemos gustosos al morir, como los ángeles del juicio final, en la polvareda que levantan los combates y en el humo que producen los incendios. Moriremos aquí tú y yo; caeremos juntos en la eternidad uno tras otro como caen juntas las menudas arenas de esa klepsydra; pero nadie podrá, nadie jamás en este mundo ya separarnos, porque bajo mis llaves te hallas, á mi dominio perteneces, mía eres materialmente y no te queda más recurso que lanzarte ahora mismo placentera y amorosa en mis brazos ó morir descabezada por mi alfanje.

Zoraya comprendió que la fuerza no le dejaba recurso alguno contra las violencias de Hacem y que resistirse á sus intimaciones con la franqueza y la decisión que había usado hasta entonces, equivalía en puridad á provocarlo temerariamente y constreñirlo á cualquier atrocidad. Además, como joven y hermosa y apasionada por temperamento, no veía

en aquella extraña situación solamente su fe y su raza, veía también el sincero y profundo amor que inspiraba, cosa nunca repulsiva, y ni aun desagradable, á su amoroso y delicado sexo. Así propúsose cambiar la negativa rotunda por atenuaciones de doble sentido, y la repulsa provocativa de una catástrofe por esperanzas que le permitieran algún vagar y algún respiro conducentes á imbuir en el ánimo, casi dementado y atroz del interlocutor, su creencia respecto á la imposibilidad completa de aquel extraño amor entre una cristiana de fe viva y un musulmán de ardientes y arraigadas creencias, acostumbrado á defender la causa de Alah y de su Profeta en cien terribles y cruentísimos combates. Con las facilidades que su natural flexibilidad sugiere á todas las hembras para un cambio, tanto de actitud como de lenguaje, Zoraya comenzó como á transigir y habló con más dulzura y más piedad al enloquecido y exaltado Hacem.

— Sentémonos— dijo,— sentémonos, ya que toda esta conversación larguísima la hemos tenido de pié y yo me hallo fatigada.

— Siéntate, Zoraya.

Esta cogió un taburete donde cabía ella sola, como si no echara de ver que Hacem le ofrecía un sofá donde cabían los dos.

— Meditemos, dijo Zoraya, después de haberse tranquilamente sentado.

— Meditemos, añadió su interlocutor, sentándose todo lo más cerca que pudo de su amada.

—Somos dos creyentes ¡oh moro! Tú crees en la religión de Mahoma, yo creo en la religión de Jesucristo.

—Pero yo creo ante todo y sobre todo en el amor que me inspiras.

—Cierto, cierto; mas no ha obstado este amor á que antes me hayas dicho cómo no puedes por mí cambiar en tus creencias.

—Entendámonos, Zoraya.

—Entendámonos, moro. No deseo otra cosa ciertamente yo, sino que alcances y entiendas la imposibilidad absoluta que hay de un matrimonio entre cristiana tan fiel como yo y mahometano tan fiel como tú.

—¿Ya vuelves á desesperarme?

—No, no; perdona.

—¿Pues no comienzas por decirme aquello mismo que no puedo volver á oírte sin matarte y matarme?

—No me dejas concluir.

—Tú trastruecas y tergiversas mis palabras.

—¿Pues cómo?

—Bien pronto, Zoraya, olvidas lo mismo que de afirmar acabas.

—¿Qué? Habla.

—Hasme dicho que prefería mi fe á tu amor.

—Porque antes lo habías dicho tú mismo.

—Sí, lo había dicho yo mismo.

—Pues si así lo reconoces ¿de que te plañes?

—Me quejo de que no has recordado todo mi pensamiento.

—Vuelve á decirlo y habremos concluido.

—Escúchame con atención y no cierres de grado los oídos á mi sinceridad.

—Habla, pues.

—Nuestras dos situaciones resultan bien diversas.

—Tienes razón; muy diversas.

—Pues bien, atiende y verás cómo yo, perseverando en mi creencia, te busco; mientras que perseverando en la tuya, tú, me huyes y esquivas.

—¡Ah!—suspiró Zoraya.

—Yo debo decirte que solo deseo vivir para quererte.

—Moro, te creo.

—Y si renegara de mi religión, moriría en el acto.

—Morirías tú, ¿y no quieres que yo muera si reniego de la mía?

—No seas pérfida, Zoraya, y entiende bien lo que digo. No moriría, me matarían en el acto si renegara, y por consiguiente me apartarían de ti, es decir, de mi amor, de mi vida, de mi esperanza, de la fe que me anima, de la luz que me alumbraba, del suelo que huella, del aire que respiro, de todo mi sér. Pero tú, Zoraya, tú, renegando en tierra de musulmanes, te acercas á mí, te unes conmigo, te desprendes amorosa del cielo cristiano, mas para caer en unos brazos que te convertirán la tierra toda en verdadero Paraíso y que te abrirán cielo en cuya comparación ¡oh! nada sea la triste y pálida bien-

aventuranza prometida por tu culto á los tuyos en el otro mundo.

—No blasfemes, moro.

—Hete dicho que por ti soy capaz de olvidar mi religión y renegarla, si á tal olvido no siguiera inmediatamente la muerte, y no me fuese odiosa esta porque nos separa tristemente á los dos, y tal separación me costaría más, mucho más que la vida. Lo repito, el renegar tú equivale á venir hasta mí; y el renegar yo equivale á separarme de ti. En concepto mío no tiene ya ningún otro sentido, ningún otro alcance, y no merece ninguna otra consideración este reparo, por ti dicho en primer término y por mí desestimado como importuno y baldío.

—¡Importuno! ¡Baldío! ¡Qué cosas dices, oh moro!

—Sí, lo repito.

—Pues repetirás aserto desmentido por todo cuanto ahora te rodea.

—Yo no veo más templo que los espacios por ti habitados; yo no veo más Dios que mi Zoraya. Los astros del cielo me parecen pálidos cuando á tus ojos los comparo y el aire me parece irrespirable cuando no está embalsamado por tu aliento.

—No blasfemes ¡oh moro! contra tu religión y contra la mía. No provoques las iras celestiales que guardan allá en lo profundo sus maldiciones terribles y sus asesinos rayos. Cualesquiera que sea el Dios de verdad, y yo tendré por tal siempre aquel revelado á mi espíritu por las enseñanzas y las

doctrinas de mis padres, no lo provoquemos á manifestar sobre nosotros dos todo el terrible alcance de su infinito poder.

—Si me inspira esta pasión y luego me veda satisfacerla; si en mi corazón pone impulsos hacia ti, mientras en el tuyo repulsas contra mí, ¿cómo quieres que yo le aclame?

—¡Dios mío! exclamó Zoraya levantando sus ojos y sus brazos al cielo en ademán suplicante. ¡Dios mío! no escuches á quien así pierde sus facultades enloquecido por una ciega pasión.

—Yo, que avezado á la guerra, he podido mil veces tomar ciudades, rendir plazas ¿había de contenerme por escrúpulos religiosos, para contener y rendir tu corazón dentro de cuyos senos quiero grabar mi sello y mi nombre?

—¡Oh moro! Tú no puedes en tu caballerosidad aspirar á un triunfo efímero y fácil sobre las flacas fuerzas de una débil mujer. Tú no has de querer llevarte contigo un cuerpo, si espíritu y alma y conciencia y razón y sentimiento no le acompañan y siguen.

—Zoraya, me juzgas cual merezco. Yo aspiro á enseñorearme de todo tu sér y especialmente de tu alma. Pero faltarte de alguna manera, ofenderte, deservirte, no lo temas nunca de mí. Soy tu esclavo y puedes acabar conmigo á fuerza de menosprecios y desengaños; pero yo recibiré resignado la muerte y me parecerá dulce, misericordiosa, deleitosísima, puesto que al fin viene la muerte misma de tus manos.

—Pues cálmate y oye.

—Me calmo y oigo; mas compadécete de mí, Zoraya, compadécete de tu siervo.

—No des así con tanta facilidad llevado por tu pasión, los impedimentos religiosos á triste olvido. Acuérdate de cómo y de cuánto importan.

—Ya lo sé.

—Pues si lo sabes, recuerda cómo dividen los imperios; cómo lanzan unas contra otras las generaciones; cómo incendian los espacios; cómo perturban las almas; cómo enconan entre sí los ánimos; cómo hacen que los hombres con todos sus sentimientos de caridad y de amor se traten unos á otros cual no se tratan ni las fieras mismas en los bosques.

—Verdad, verdad. Porque ahora mismo cuando todo nos une, cuando todo nos llama con repetidos llamamientos á identificarnos en la misma suerte y confundirnos en el mismo amor, solo ese triste sentimiento se alza entre nosotros y nos separa por insondables abismos.

—Celebro que reconozcas la virtud de su eficacia, porque así reconocerás también la razón de mi resistencia.

—¿No he de reconocerla, cuando braman cerca del recinto que habitamos los alaridos de la guerra y estás ahora tú en su nombre oponiendo tales y tantos obstáculos á mi amor y á mi deseo?

—¿Por qué no decirlo todo?

—Dilo todo en buen hora, Zoraya.

—¿Por qué no decirlo?

—Habla pues.

—Yo he sido educada en el odio á tu Dios y á su Profeta. Desde niña, sólo han resonado en torno mío maldiciones y denuestos de todo aquello que tú crees y adoras. Empeñadas tu raza y mi raza en una guerra sin término, rugen á una entre nosotros odios provinientes, más que de las rivalidades y emulaciones entre naciones diversas, de contradicción profundísima entre apartadas y hasta hostiles creencias. Para mí erais algo más que los enemigos abortados por los horrores de la guerra; erais los genios del mal, hijos naturales del infierno. Yo he pasado mi juventud con los escuchas que atendían vuestros pasos y con los avizores que atisbaban los amagos de vuestra venida por los lejos del horizonte. Yo he pedido siempre al pié de los altares á mi Dios que ahuyentara vuestros pendones del cielo columbrado por mi vista y que hundiera vuestros ejércitos en las profundidades y en los antros del abismo que hay bajo nuestras plantas. No balbuceaba las palabras primeras, que apuntan, como capullos del pensamiento en la niñez, cuando ya enderezaba mis oraciones al cielo contra vosotros y maldecía de vuestro nombre y de vuestra sangre. Y confiesa que tuvieron razón los míos al inspirarme todos estos afectos, porque un día, bien triste y nefasto por cierto, día de horror, vuestras huestes aparecieron asoladoras por nuestros campos y echaron por el suelo como una encina secular,

desarraigada por los huracanes, mi viejo castillo. ¡Ay! Yo he visto caídos mis servidores como haces en la siega; derribados los muros de nuestras fortalezas y rotas las piedras de nuestros hogares; por las llamas circuidos los altos y majestuosos torreones donde flotaba el pabellón señorial de mi familia; profanado el templo, y chorreando sangre cristiana el sagrado altar en cuyas aras había yo adorado á Dios y asistido al santo sacrificio; á mis ojos atravesado el corazón de mi padre, sí, de mi querido padre, al momento mismo en que corría rápido á inmolarme para que no cayese mi pobre cuerpo en vuestras aviesas manos; ofendido, negado, roto, puesto en irrisión cuanto yo he amado so la capa del cielo y sobre la faz del mundo; y ahora quieres que todo lo menosprecie yo y olvide; que ahogue todos mis recuerdos en la memoria; que arranque todos mis sentimientos del corazón; que perdone á los enemigos de mi gente y de mi patria; que acepte gustosa el deshonor de mi familia, convirtiéndome en odalisca mora de rica-hembra castellana; que desconozca el nombre de Cristo y adore á Mahoma; que destrone á mi Dios y acepte como verdadero el tuyo; que declare mi fe sombra y mentira; que manche los huesos de mis abuelos y allá en la eternidad turbe, aleve, con esta maacebía el sueño eterno de mi padre, muerto por la pureza y por la santidad de su hija. ¡Oh! No aguardes tal cosa de mí. Quitate del pensamiento esa idea y del corazón ese propósito.

Muy cerca estamos ahora materialmente; corta distancia nos separa en este angosto recinto; pero si miras al lado supremo de todas las cosas, es decir, al lado moral, cree que nos separa la eternidad, el cielo, el infierno, la honra, la patria, la religión, Dios mismo. No te subleves contra la fatalidad inevitable; no forcejees bajo hierros que no puedes romper; ábreme la jaula donde me hallo reclusa y me verás volar con el regocijo de las avecillas que van hacia sus patrios nidos. No quieras destruir y derribar lo hecho por Dios mismo. Nos apartan las respectivas cunas donde nos depositaron al nacer nuestros padres. Cree que si los juntaran y confundieran en el mismo sepulcro, no podrían vivir juntos y en paz nuestros huesos. Aquí me tienes, añadió, poniéndose de hinojos y plegando las dos manos; aquí me tienes rendida y suplicante. Yo te pido, por cuanto sobre la tierra puedas amar, yo te pido, por tus padres, por tu Dios, por tu familia, por tu religión, por la sangre que te anima, por el nombre que llevas, te pido la libertad para mí, así como para ti el saludable olvido de un amor, solo conducente á tu perdición y á tu deshonor. Si de veras me amas y crees en mí, libértame de tus brazos y de tus caricias, que solo pueden abrir á mis plantas ¡horror! las llamas del infierno.

—Zoraya, Zoraya, estamos peor que antes.

—¿Y cómo quieres ¡oh moro! que seamos y estemos si acaricias un verdadero imposible?

—Con que ha de ser posible un amor como el

mío ¿y no ha de ser posible su debida satisfacción, su indispensable saciedad?

—No, no.

—Pues quien me ha inspirado tales afectos debe ocurrir á calmarlos y á satisfacerlos.

—Alguna vez hemos de vencernos á nosotros mismos.

—Yo ni siquiera lo intento, porque de sobra veo la seguridad indudable del fracaso.

—Prueba ¡oh moro! á dominarte.

—No pruebo. Inútil experiencia.

—Pues á mí no has de rendirme.

—Aún tengo fuerza y voluntad para ello.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Y tus palabras de antes?

—¡Oh! mis palabras.

—Sí, tu palabra de caballero.

—Se la llevó el viento.

—Buena caballerosidad la tuya que un viento se la lleva.

—¿Y mi pasión?

—Ahógala.

—¿Y mi esperanza?

—Despídete de ella, como hay necesidad en el mundo siempre de separarse y despedirse de tantos objetos y de tantos seres queridos.

—Pues yo no puedo separarme de ti.

—Manda con resolución á tu conciencia que impere sobre tu voluntad, é imperará.

—Dile al agua que no moje y al fuego que no quememe.

—Tenemos albedrío.

—No sé qué significa esa palabra.

—Pues si no sabes lo que significa esa palabra, no debes quererme, porque se quiere con la voluntad, y la voluntad es árbitra de sus actos.

—¡Ah! No creo cuanto estás diciendo.

—¿No crees en la voluntad?

—No.

—Pues entonces no me amas con el alma.

—¿Por qué?

—Porque para el amor el alma solo tiene una facultad.

—¿El sentimiento indeliberado?

—No, la voluntad reflexiva; y por eso queremos lo que queremos y desamamos lo que desamamos; por la voluntad.

—Poco sabes, Zoraya, de afectos.

—Menos sabes tú.

—¿Puedo yo querer el no quererte? ¿Y puedo no querer quererte?

—Sí.

—No, mil veces no.

—Sí, mil veces sí.

—Pues si yo pudiera dejar de quererte; si mi corazón obedeciese á mi voluntad sumiso y fiel; si mis afectos dependieran de mis mandatos, ahora mismo ahogaría todos mis sentimientos en el cora-

zón, como el corazón á su vez en las honduras del pecho, para no amarte, ingrata.

— Por Dios, por tu madre, por tu esposa, por tus hijos, si los tienes, por cuanto ames en el mundo, por cuanto esperes en el Paraíso, véncete y sálvame.

— No me venzo, no.

— Yo te lo mando.

— ¿Quién eres tú, misera esclava, para mandarme á mí?

— ¿Pues no dices que me amas tanto?

— Si, te amo con todo mi corazón.

— No hay amor si no ejerce algún señorío el ser amado sobre su amante.

— ¡Pero si me pides que no te ame!

— Lo pido, sí.

— No puedo concederlo.

— Devuélveme mi patria, mi libertad, mi Dios. Así me demostrarás que me amas.

— Zoraya, voy perdiendo el sentido.

— Cálmate.

— Se me acaba la paciencia.

— Repórtate.

— Has de ser mía.

— Jamás.

— Te vencerá mi fuerza, ya que no pueda vencerme mi amor.

— ¡Bárbaro! No lograrás nada de un cadáver, pues yo sabré morir antes de rendirme.

— Ven á mis brazos.

Y Hacem se lanzó como un tigre, hacia donde se hallaba la pobre joven. Pero esta, retrocediendo súbito, y horrorizada con horror invencible, cayó en tierra como si estuviese muerta bajo un terrible desvanecimiento. Al verla de aquella suerte Hacem experimentó el verdadero amor puro, y toda la furia de su ira se trocó en la ternura de profundísima compasión. Así las palabras de imperio y de amenaza fueron sustituidas en sus labios con palabras de súplicas y amor. Diríase que aquel guerrero soberbio se había cambiado al impulso de sus afectos en dócil y tierno mozo dispuesto á decir y hacer cuanto quisiere la mujer amada. Llovían sus ojos lágrimas amargas que ningún rubor y ningún recelo refrenaban en aquella soledad y junto á su amada. Las frases más tiernas le murmuraba en los oídos y las reconvenciones más amargas se dirigía repetidamente á sí propio juzgándose y creyéndose reo de aquella muerte. Allí, en el momento, juróle que haría cuanto ella quisiese, hasta devolverle si era preciso la patria y la libertad, aunque hubiese de morir él en las tristezas de separación tan horrorosa. No fué mucho, pues, que al despertarse de su terrible sueño y volver de su desmayo Zoraya, viéndolo tan dispuesto á obedecerla, como antes se hallaba dispuesto á resistirla, ¡oh! le pidiese unas horas de separación y de recogimiento. En efecto, el Sultán la condujo á próxima estancia y la dejó allí sola.



—Por Alah—dijo,—por Alah que no me conozco. Ignoro si le tengo amor ó miedo. Tres horas, según dice la klepsydra, he estado junto á ella y no me he atrevido á darle ni siquiera un beso.

Así que Zoraya quedó sola en el hermoso camarín oriental donde la escena precedente pasara, concentrándose dentro de sí misma y reuniendo todas sus facultades en extraordinaria intensidad, por la grande sobreexcitación de sus nervios y de sus ideas, comprendió cómo necesitaba, en su estado terrible, acudir á todos los medios naturales y sobrenaturales para defenderse, no tanto del Sultán, como de sí misma, conquistada, y conquistada fuertemente, por aquel amor tempestuoso en cuyos torbellinos su corazón se perdía contra los consejos de su conciencia, y las imposiciones y los mandamientos de su voluntad. Las naturales prendas de Hacem, la expresión ardentísima de su amor exaltado, los extremos y arrebatos con que acompañaba todos sus gestos y todas sus palabras cautivaron el inexperto corazón de la doncella, también atraída por lo singular del caso dramático, lo exaltado del cariño africano, lo misterioso de todo cuanto la rodeaba en aquellas difícilísimas circunstancias de su vida, por el destino arrancada de suelo castellano y puesta por el destino en manos de un musulmán cuya categoría y cuyo nombre ignoraba completamente, pero de cuyo amor no podía tener ni aun duda. No había caído la cortina,

que separara de su persona la persona de Hacem, cuando ya estaba Isabel penetradísima en su interior de que las miradas del moro le habían clavado los dardos agudos de amor intenso en la mitad del corazón. Al verse la infeliz en estado semejante pidió el socorro de la religión, cayendo de rodillas sobre la fría tierra y levantando en la desesperación del naufrago á las alturas etéreas el espíritu primero y después las manos suplicantes. Pero tras la oración columbraba la persona del moro como si el demonio se hubiese á Dios en su alma sustituido para perderla. Viendo que la religión carecía de fuerza en aquel momento, cuando tan grande la ejerciera y alcanzara en los demás momentos de su vida; volvió Isabel hacia el amor cristiano y legítimo el pensamiento, invocando la imagen querida de Illán. Y esa misma imagen de Illán, que le había parecido la personificación del amor, no ejerció sobre su ánimo el influjo de otras veces y pareció incolora y desvanecida cuando la comparaba con el profundo retrato que había dejado el moro en su ánimo. Al verse tan combatida y contrariada por sí misma exclamó:

—¿Será verdad? No lo creo. Pero si lo fuese, ¡ah! si yo amase á ese moro ¡ah! me arrancaría el corazón á pedazos y se lo daría, ¡Dios mío!, á los perros.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

